

**Luis Enrique Alonso, Enrique Martín Criado  
y José Luis Moreno Pestaña (eds.)**  
*Pierre Bourdieu, las herramientas del sociólogo*  
Madrid, Fundamentos, 2004

Lo más difícil de escribir un libro tomando como referente a un sólo autor no es sólo ir con él, y a través de él, más allá de lo que el mismo autor objeto de análisis ha enunciado; lo más complicado es no caer en un seguidismo o en una crítica nimia, que pretenda justificar que se está diciendo algo más de lo que el autor mismo dijo. Este libro no peca de esto. Como todos los libros de compilación de artículos, siempre hay diversidad de orientación teórica, de tono, contenido y extensión, que puede decantar el gusto más hacia unos capítulos que a otros y, por qué no decirlo, de calidad. Lejos del mayor peligro que acecha a una propuesta como esta, en *Pierre Bourdieu, las herramientas del sociólogo* se encuentra una reverencia fundamentada y crítica que le permite dar cuenta del peso sociológico del autor y que lo aleja, a pesar de la necesaria condensación teórica a la que obliga el formato de compilación, de las imposibles concentraciones teóricas de las presentaciones sucintas que desdibujan las aportaciones sociológicas de Bourdieu.

Dentro de la introducción destaca una interesante cronología que no sólo mezcla aspectos vitales con sus producciones académicas sino que, además, va recogiendo los propios testimonios dejados por el autor sobre las épocas vividas; tarea que ha debido resultar extremadamente laboriosa, pero que da una vitalidad y originalidad prácticamente imposible para una cronología. Igualmente extraños y afortunados resultan los comentarios sobre las obras monográficas dedicadas al autor. Sólo con estos dos aspectos ya se convierte en el libro que a todo futuro doctor le gustaría encontrar al inicio de su tesis.

El libro presenta una estructura en tres partes. La primera (*campos y poderes*) que pretende recoger los aspectos más políticos, entendidos de forma amplia «bourdieusiana», de su obra. La segunda (*Estilos de vida: los agentes y sus prácticas*) está más centrada en las prácticas y su consiguiente concepción de la acción individual y social. Finalmente, en la tercera (*Prácticas teóricas*) se abordan asuntos más epistemológicos y en los que tienen un peso determinante las cuestiones en torno a la reflexividad. Este bloque termina siendo él mismo reflexivo con respecto al li-

bro ya que, en gran medida, el asunto reflexivo se resuelve en una cuestión política o, mejor dicho, en torno a la relación de la sociología con la política, volviendo al tema que inauguraba el libro.

El primer apartado pretende recoger reflexiones sobre los conceptos más generales que articulan la obra de Bourdieu y que marcan su relación con otras disciplinas. Patrick Champagne repasa la vinculación de Bourdieu con la política. En su capítulo, se advierte de la distorsión que puede derivarse de las apariciones públicas de sus últimos años, cuyo mayor riesgo se plasmaría en el olvido de las raíces políticas que orientan su obra, en la elección de sus objetos de análisis, en su interés por dar cuenta de la dominación, en su preocupación por la difusión de sus hallazgos en distintos ámbitos, etc. Aspectos todos ellos que configuran un nuevo modelo de intelectual, que pretende ser político y políticamente útil, pero siempre desde su campo de competencia y que se configuran, además, como las claves necesarias para interpretar su aparición pública final. Enrique Martín Criado afronta el reto de dar cuenta del campo escolar, uno de los centrales en la obra de Bourdieu. Para ello, se ocupa de los elementos principales que se mantienen en sus distintas aportaciones a la educación, y que explican las dinámicas de desigualdad estructural y de las variaciones más generales que explican la desigualdad. Criado subraya los dos métodos de análisis que marcan la obra sociológica de Bourdieu: uno más funcionalista, ligado a Durkheim y Parsons, y otro más sociohistórico, entroncado con Weber y donde puede situarse el concepto de campo. A través de ellos y de sus pesos temporales en las distintas obras del autor analiza los problemas derivados de los reductos funcionalistas en el concepto de reproducción, que también afecta al concepto de campo y que, sostiene Criado, puede mantenerse por imprecisiones en el concepto de clase dominante. Aunque termina con una salida «bourdieusiana» de las propias limitaciones manifestadas, uno de los atractivos de este capítulo radica en tirar del hilo funcionalista, incluso parsoniano que, para un lector actual que se deje llevar por las críticas del autor a esa corriente, podría pasar desapercibido. Remi Lenoir se ocupa de la relación del autor con el campo del derecho. Por medio de las distancias e incompatibilidades disciplinares entre la sociología y el derecho nos muestra los inconvenientes del formalismo e individualismo. Distancias que pueden haber propiciado que no se encuentren más aportaciones expresas del autor al campo del derecho, pero sí prevenciones sociológicas básicas para el acercamiento social al derecho. El apartado se cierra con la aportación, concisa en su brevedad, de Frédéric Lebaron sobre la economía y que, tal y como sucedía con el derecho, puede parecer un área tangencial en manifestaciones expresas pero donde se encuentran advertencias sociológicas básicas, en este caso sobre la economía. Lebaron articula su presentación sobre tres aspectos básicos que singularizan la aportación «bourdieusiana» a la economía: el tratamiento de su dimensión simbólica, el efecto de la economía neoclásica y, relacionado con lo anterior, el proceso de la exclusión de la política, que termina por convertir a la economía en ciencia de Estado.

Si en el primer apartado predominan los aspectos más estructurales, el segundo parte de los análisis sobre la agencia para abordar desde ella su relación con las estructuras, entendidas como prácticas y campos. Aunque emprende cuestiones aparentemente más puntuales —al centrarse en los conceptos que permiten, en buena medida, dinamizar y particularizar el esquema teórico «bourdieusiano»—, en este apartado se encuentran las críticas con mayores implicaciones teóricas, especialmente la de Luis Enrique Alonso y la de Javier Callejo, más o menos extensiva de la del anterior. Resulta igualmente interesante el esfuerzo patente y logrado en la reconstrucción de la concepción del cuerpo en Bourdieu de José Luis Moreno Pestaña. En este capítulo se da cuenta de las obras donde se establece la sociología del cuerpo de Bourdieu para centrarse, especialmente, en *La distinción* y su formación social del gusto y terminar con *La dominación masculina*, señalando la autonomía de las estructuras de reproducción sexual que marcan la incorporación profunda de las diferencias de género. Javier Callejo se introduce en la práctica del consumo propuesta por Bourdieu. En ella se da cuenta de las distancias del autor con el estructuralismo lingüístico y se centra en la elaboración del concepto de *estilo de vida*, sus diferencias con la noción de práctica y el dinamismo que aporta este concepto al esquema teórico del autor. Termina señalando las diferencias que introduce *La distinción* en la visión del consumo como derivado de la estructura social y advirtiendo del peligro de esta visión que, al combinarse con la teoría de la dominación, puede terminar por dejar sin autonomía a las clases populares. No obstante, indica que esta crítica no implica un rechazo del esquema «bourdieusiano». Esta falta de autonomía en la visión del autor de la clase dominada reaparece, de forma más patente, en el capítulo de Luis Enrique Alonso sobre la sociolingüística. Tras un serio análisis de la concepción de Bourdieu y sus diferencias con el estructuralismo, Alonso advierte sobre la rigidez del esquema del autor, que puede derivar en un sociologismo, disimulado por la propia oposición al estructuralismo y que termina ahogando las capacidades constructivas de los actores. Alicia Gutiérrez se centra en la pobreza urbana. En este tema, nos señala la autora, como en varios a lo largo del libro, que no abundan estudios específicos de Bourdieu, pero sí nociones que pueden ser utilizadas con fecundidad. Para ello muestra su aplicación en uno de sus estudios sobre la pobreza llevados a cabo en Córdoba (Argentina), donde pone en práctica una noción de pobreza que, como herencia de Bourdieu, dé cuenta de sus causas articuladas en su reproducción, sin olvidar las redes sociales de intercambio y transformación de los distintos capitales.

El tercer apartado destinado a la reflexividad es el que más filias y fobias puede despertar al estar dedicado a la sociología del conocimiento; el terreno sociológico más caliente no sé tanto si por su carácter fundamental de la disciplina o por sus eternas fuentes de desavenencias, entusiasmos y desalientos un tanto corporativistas. El capítulo de Gérard Mauger que abre la sección anuncia los peligros que entorpecen la comprensión de la obra de Pierre Bourdieu y que, en gran medida, son réplicas de los mismos que acechan a la recepción de la propia so-

ciología. Este capítulo un tanto anunciador da paso a «El oficio de la reflexividad. Notas en torno a Pierre Bourdieu y la tradición en la sociología crítica española» —uno de los ejemplos, abundantes en el libro, de la excesiva longitud de los títulos que, de indicarlos todos íntegros, terminaría con el espacio de esta reseña—. En él traza una lectura histórica de la epistemología desde una perspectiva un tanto particular, por medio de un paralelismo entre la constitución de la sociología y el capitalismo. Tiene el acierto de dar cuenta de la recepción de Bourdieu en España. Éste es el mayor acierto del capítulo, por lo que puede parecer breve en comparación con una presentación previa un tanto innecesaria. El capítulo de Juan Ignacio Castián Maestro puede resultar sesgado, en este caso, hacia el marxismo. Entendiendo sesgo como la elección abierta de una posición teórica determinada, conjugada con la posesión de las herramientas necesaria para afrontar, desde ese punto de vista, problemas y reflexiones. Resulta una presentación fundamentada e interesante en torno a precisiones sobre el concepto de capital en Bourdieu en sus distintas versiones. Francisco Vázquez García demanda una reflexividad exponencial articulada en torno a un giro ético inspirado en Foucault y la «tecnología del yo». Vázquez señala tres etapas en la confección de la reflexividad de Bourdieu, cuya última fase necesitaría una ética política, no cientificista, para encajar a Bourdieu en el proyecto reflexivo sociopolítico que fundamente una «lucha por la ciudadanía». El apartado, y el libro, terminan con la aportación de Louis Pinto, que se centra en el desvelamiento de lo socialmente oculto como una necesidad a la que se enfrenta Bourdieu y toda la sociología. Sus demandas articuladas en torno a la sospecha arrojan ecos sobre algo ya dicho, sin duda, por el lugar que ocupan en este libro imprescindible.

ANA FERNÁNDEZ ZUBIETA  
*Universidad Carlos III de Madrid*